

PRESENTACIÓN

MEMORIA ha sido, es y será la revista del IDEHPUCP

Después de una primera etapa muy auspiciosa, la revista MEMORIA estuvo en silencio. Un silencio que nos generó mucho ruido interno a quienes construimos el día a día del Instituto en tanto que, unidad académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, sentíamos la necesidad de contar con un espacio para colocar temas y provocar el debate en torno a los derechos humanos, la democracia y la cultura. Durante casi dos años la revista MEMORIA no vio la luz.

Entendiendo la potencialidad de difusión que nos ofrecen las nuevas tecnologías de la información y vencidos los obstáculos, MEMORIA, vuelve a estar entre nosotros. Y lo hace asentada sobre dos pilares que acompañarán sus futuras ediciones: la revista en formato digital y los contenidos en el lenguaje accesible que el periodismo permite.

MEMORIA, en su versión digital, estará alojada en nuestra página web y llegará a través de suscripciones o por medio de las redes sociales más conocidas. Sin embargo, y comprendiendo lo diverso que puede ser el público al que llega la revista, existirá la posibilidad de tenerla físicamente imprimiendo su contenido. Dos números este año, y tres a partir del 2012, será la frecuencia en que la revista estará a su disposición.

El contenido de MEMORIA ha sido estructurado de la siguiente manera: contará con investigaciones de

campo -en los temas ligados a la democracia, los derechos humanos y la cultura- elaboradas por las áreas académicas de la PUCP o por importantes centros de estudio o de análisis de nuestro país y del área latinoamericana.

Desarrollaremos, también, reportajes periodísticos a profundidad que nos permitan abordar los temas de la revista MEMORIA con un lenguaje cotidiano sin que esto signifique dejar de ser exigentes con nuestros altos estándares de investigación, verificación y rigor en nuestros textos.

La cercanía que proporciona la entrevista a diversos personajes nos permitirá conocer más de aquellas personalidades que han jugado un rol destacado en la difusión, promoción y defensa de los derechos humanos.

Finalmente, en cada número, convocaremos la participación de fotógrafos que quieran compartir con nosotros su trabajo eligiendo la mejor propuesta que sintetice los objetivos de la revista MEMORIA.

Hablar de una revista, nunca será lo mismo que disfrutarla. No se diga más entonces, con ustedes, la revista MEMORIA.

IDEHPUCP

www.idehpucp.pucp.edu.pe



PORTAFOLIO GRÁFICO



8 **MIGRACIÓN**
Déficit. La migración femenina deja sin cuidado a familias peruanas
¿Quién cuida a quién?
Cadenas globales de cuidado



La mayor deuda humanitaria del Perú

14 **DESAPARECIDOS**
El silencio de los ausentes

DERECHO AL TRABAJO

32
La ecuación del talento:
¿se puede medir la capacidad
de conseguir empleo?

La ecuación del talento



Violencia política
y complejidad

Cambiando el foco

© Internet

© Internet

Soluciones. Los vínculos entre la política, el accionar colectivo y la etnicidad en el Perú son muy complejos.

Bambamarca y Espinar son dos provincias -una en Cajamarca, la otra en Cusco- que han hecho noticia últimamente. Se han situado en el ojo de la tormenta social debido al estallido de conflictos relacionados con la minería. El ensayo “Acción Colectiva, Violencia Política y Etnicidad en el Perú” –escrito por los investigadores Ismael Muñoz, Maritza Paredes y Rosemary Thorp- explora esos

territorios procurando entender su composición étnica, su historia reciente, su forma de ejercer las protestas. Hace lo mismo con Huanta, la provincia ayacuchana que fue muy golpeada por la violencia política entre 1980 y el 2000. Esta es la historia.

IDEHPUCP



El país observó lo que pasó hace muy poco en Celendín, donde recientemente un estallido social produjo cuatro muertos. De primera impresión, desde Lima, se presumía que los actos de violencia –producidos el martes 3 de julio– fueron provocados por las rondas campesinas, los antiminereros, todo ese paquete que fue identificado y rotulado, afanosamente, por los medios.

Gran parte de la opinión pública capitalina no sabía que, a diferencia de lo que ocurrió en Bambamarca, en Celendín, la protesta no fue encabezada por las rondas. Más bien se metieron como una cuña miembros de Construcción Civil, un gremio de otras características, quienes atacaron deliberadamente la municipalidad, debido a que el alcalde, Mauro Arteaga, deslizó presuntas simpatías por el proyecto minero Conga.

Violencias

Todos estos desbordes, por cierto, son repudiables. Pero el ensayo de Muñoz, Paredes y Thorp ofrece, en este momento, elementos para hacer un análisis más minucioso. En su estudio de cinco lugares del país, donde cruzan el factor étnico con la violencia y la acción colectiva, aparecen pistas que, coincidentemente, llevan hacia Cajamarca, acaso el mayor epicentro actual de los conflictos sociales.

Los autores, por ejemplo, explican cómo, en la década de 1970, el desorden y el bandolerismo generalizados –que incluían el abigeato– “llevaron a la formación de un fenómeno excepcional: las rondas”. Contrariamente a lo que muchos creen, sin embargo, este tipo de organización comunal fue “una invención de los grandes terratenientes”. Posteriormente, sufrió una curiosa metamorfosis.



Espinar. Lo sucedido entre la comunidad y la minera, antes de los disturbios, era considerado un comportamiento modelo.

Incluso antes de 1969, cuando el general Juan Velasco Alvarado realizó la Reforma Agraria *manu militari*, en Hualgayoc (la provincia cuya capital es Bambamarca), ya se había producido el reparto de tierras y había parceleros. “En este contexto transformado –señalan los investigadores–, las rondas fueron tomadas como una institución comunal” que sirvió para crear un orden y, especialmente, como un mecanismo alternativo al sistema judicial.

Aunque al comienzo las rondas, cajamarquinas o bambamarquinas, ejercieron una violencia excesiva, especialmente contra los abigeos –inmersión de quien cometió una falta en un lago frío, marchas a pie descalzo, etc.– “durante la década de 1980 empezó a propagarse una vigorosa ideología de opo-



Enfrentamiento. Los bambamarquinos se negaron a abandonar el lugar produciéndose un tiroteo donde murió un joven.

sición a la violencia, en particular debido a la influencia de la iglesia en Hualgayoc”. Los actos de protesta se tornaron más pacíficos.

Surge así, según el estudio, el concepto y la práctica de la “violencia controlada”, cuya prueba sería, por citar un caso muy vinculado al contexto actual, el mitin contra la Minera Yanacocha realizado en el 2001, debido a la muerte de peces en el río Llaucano. Este careció de actos violentos ya que los mismos ronderos controlaban los desbordes. El grueso de la opinión pública desconoció estos detalles seducido por las verdades oficiales de hoy.

Según ellas, todos los actores –Gregorio Santos, Patria Roja, las rondas, Idelso Hernández– son lo mismo: unos revoltosos antiminereros. Un detalle a observar, no obstante, y que revela los alcances de Muñoz y sus compañeros, es que en Bambamarca, durante los días de protesta contra el proyecto Conga, los manifestantes se apostaron en la plaza, pero no atacaron ningún local. Como si ocurrió en Celendín.

El enfrentamiento con la policía se produjo debido a que los bambamar-

quinos se negaron a desalojar el lugar, lo que produjo un tiroteo donde murió el joven Joselito Vásquez (28). Un hecho desgraciado, pero que, a diferencia del estallido chilico, tuvo otras características. Como apunta Muñoz, “no quiere decir que cuando se ejerce la ‘violencia controlada’ no puedan ocurrir estas desgracias”. Solo que es importante saber distinguir.

A más abismos, más estallidos

En Bambamarca, la identidad rondera es fuerte, provoca cohesión social, y una “acción colectiva” más organizada. No parece haber ocurrido, en este episodio, en Celendín, donde hubo un grupo distinto que causó las consecuencias fatales ya descritas. O en Huanta, otro escenario explorado por los investigadores, don-

“La región (...) se caracterizaba por un creciente conflicto entre campesinos ricos y pobres, entre las áreas rural y urbana”

de, durante el conflicto armado interno, la violencia estalló.

Solo en esa provincia ayacuchana, hubo, recuerda Muñoz, unos 10,000 muertos. Y una de las razones fue que la Desigualdad Horizontal (DH), que define abismos entre clases y etnias, era mayúscula. “La región –se lee en el trabajo– se caracterizaba por un creciente conflicto entre campesinos ricos y pobres, entre las áreas rural y urbana”. Allí, la Reforma Agraria significó “el desarrollo de una



nueva versión de las viejas relaciones”.

Estas diferencias reinventadas empujaron a gente joven a buscar “soluciones individuales”, una de las cuales era la educación, a la que podía accederse en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Sendero Luminoso (SL), entonces, echó raíces en “mestizos desarraigados con sentimiento de identidad, que se vieron frustrados en sus deseos de ascenso económico social”. La violencia terrorista se puso así a la vuelta de una curva.

Según las coordenadas básicas de la masacre de Lucanamarca, acaecida el 3 de abril de 1983, se trató de un ataque en extremo sangriento, perpetrado por SL, que acabó con la vida de 69 campesinos, incluyendo 18 niños. Este crimen sin nombre tiene, a la luz del estudio, unas coordenadas tenebrosas y a la vez determinantes.

En las tres provincias estudiadas—Bambamarca, Espinar y Huanta, a las que se añaden dos comunidades de migrantes en Lima, Huanta 1 y Huanta 2-, y, en general, en todo el país, parece haber una fuerte conexión entre clase y etnia. Un obrero urbano, por ejemplo, tiene once años de escola-

ridad, mientras que uno “indígena”, tiene apenas ocho. Dicho abismo, expresado por la Desigualdad Horizontal (DH), está relacionado, también, con la altitud en que se vive.

En Huanta, de acuerdo a la investigación, había tres grupos sociales: los campesinos de las alturas, de rasgos indígenas, llamados despectivamente “chutos”; los habitantes del valle Huanta, más mestizos; y los migrantes a la ciudad, que residían en los barrios marginales de la provincia. El atroz crimen de Lucanamarca, comunidad de altura, fue cometido por senderistas afincados en Huancasancos y Sacsamarca, comunidades de menor altitud.

El abismo social fertilizó a las huestes asesinas de SL, debido a la poca cohesión social, a la gran desigualdad. Algo que, por ejemplo, no ocurrió en Espinar, la provincia del Cusco vista hoy como levantisca, donde la DH es menor y donde, desde años atrás, se ha fortalecido la identidad *K'ana*, asociada a un pueblo prehispánico anterior a los incas. En la provincia vecina de Chumbivilcas, sin embargo, SL sí penetró de manera despiadada.

“...en la década de 1980, había un fuerte sentimiento de identidad étnica basado en una evolución exitosa hacia la propiedad comunal, con organizaciones populares vigorosas”.

Rondas. Ejercieron autoridad sin el uso de violencia excesiva.



En Bambamarca, donde lo étnico no es tan marcado, “las rondas se convirtieron gradualmente en una fuente de identidad y compromiso”. No parece casual, por eso, que SL tampoco haya penetrado con fuerza en esta región. Una pista parece emerger claramente: a mayor cohesión social, menos desigualdad pública, más identidad—étnica o rondera en estos casos— menor posibilidad de estallidos violentos descontrolados.

Una vuelta por Espinar

Ahora bien, la opinión pública mayoritaria observó, principalmente, desde su búnker limeño, lo ocurrido en Espinar, la provincia alta del Cusco. Es probable que haya pensado que, si el enfrentamiento provocó cuatro muertos, cómo se puede hablar de “violencia controlada”, siguiendo a Muñoz, Paredes y Thorp aceptan la observación pero tienen una respuesta.

“A pesar de todo—apunta—, hay que observar que ahora el gobierno y las autoridades locales están conversando”. A diferencia de lo que ocurre en Cajamarca, donde el alboroto se mantiene y se ha tenido que recurrir a “facilitadores” de la Iglesia Católica, en Espinar parece que, no obstante el saldo lamentable, la palabra diálogo nunca estuvo fuera de escena. La costumbre de negociar tiene larga data.

Según se explica en el estudio, “en la década de 1980, había un fuerte sentimiento de identidad étnica basado en

© La República



Violencia. A pesar del diálogo, siempre presente en escena, el saldo ha sido lamentable en Espinar.

una evolución exitosa hacia la propiedad comunal, con organizaciones populares vigorosas”. En 1990, además, se forma un partido político llamado Movimiento de Integración *K'ana* (*Mink'a*). Cuando ese mismo año se produce una enorme protesta, contra la empresa minera Tintaya, el alcalde era de dicho partido.

Aunque sorprenda lo ocurrido en mayo pasado, hay que recordar que, en ese episodio, salieron a manifestarse cerca de 20,000 personas y no se produjeron muertes. Este parece haber sido un caso de “violencia controlada” que no derivó en fatales consecuencias pero que buscaba “llamar la atención” del gobierno central. Un efecto posterior, positivo, fue la electrificación de la provincia de Espinar.

Los investigadores ubican este logro en el nivel intermedio, que implica “el uso de instrumentos políticos para lograr normalmente objetivos tanto económicos como políticos”—la electrificación, por ejemplo—, que se facilita cuando hay “intereses que coinciden” y un mayor “sentimiento de identidad común”. Lo que, en los años posteriores ocurrió con la empresa BHP Billiton, y luego con Xstrata, parece también caminar por allí.

Como se sabe, hasta que no estallaron los últimos disturbios (los de mayo), lo que ocurría en Espinar, entre la empresa y la comunidad, era visto

como modélico, ejemplar. Según los autores, “el sentimiento de identidad relativamente fuerte y el liderazgo coherente parecen haber sido dos elementos importantes para este éxito”. Los muertos de mayo, sin embargo, inducen a pensar que se rompió esa dinámica de aparente estabilidad.

Muñoz piensa que, si bien las manifestaciones pueden ser de “violencia controlada”, el tipo de respuesta desde el Estado puede alterar el desarrollo de los acontecimientos. En la crisis reciente, la dureza de las fuerzas del orden apareció como desproporcionada e incluyó la detención—bastante arbitraria— del alcalde Óscar Mollohuanca. Aún así, hoy se ha vuelto rápidamente a la mesa de negociaciones, lo que no debería sorprender mucho.

Tras el estallido, cuando al final incluso el propio gobierno retrocedió, ha asomado nuevamente la negocia-

ción, algo que ha sido una tradición en Espinar, aunque cuando en un momento parecía imposible.

Puntos e íes

No hay explicaciones simples para entender lo que acontece en el conjunto del país. Es cierto que hay liderazgos intransigentes, agendas políticas ocultas o evidentes fallos del Estado. Pero estas páginas sirven para ver la complejidad, la particularidad y, esencialmente, las conexiones entre la acción colectiva, la violencia política y la etnicidad en nuestro país.

“El Estado no puede estar en todo los lugares al mismo tiempo”, reza el texto hacia el final, a la vez que señala la ausencia de un “aparato público maduro”. También hay fallos en el proceso de descentralización y una débil intermediación entre la acción colectiva y la acción política, según el análisis de Muñoz, Paredes y Thorp.

El texto antes presentado tiene como origen la investigación “Desigualdad, seguridad y etnicidad en el Perú”. Es una investigación que duró siete años (2003-2010) y fue coordinada por los investigadores responsables Ismael Muñoz y Adolfo Figueroa. Fue un trabajo auspiciado por el Center for research on inequality, security and ethnicity (CRISE) de la universidad de Oxford y desarrollado por el Centro de Investigaciones, Sociológicas, Económicas, Políticas y Antropológicas de la Pontificia Universidad Católica del Perú (CISEPA).

El objetivo central de la investigación fue estudiar el papel que juegan los factores étnicos en la generación de la desigualdad y de la violencia social y política de los países en desarrollo.